

EL DIBUJO HUMANO DE ANTONIO PEREIRA

Esteban Carro Celada

Desde el piso 11, de Galaxia, se ve Villafranca del Bierzo. O por lo menos, la luz que entra viene de un Guadarrama que a mí recuerda el Teleno y a Pereira le trae simiente de cresta del Malvís.

Me trajo el primer mazo de libros el editor Batllo. Es de los primeros libros que salen de este piso.

Entra un sol de lunes a las ocho de la tarde. Un abril que ya todo es mayo en el patio central de Galaxia, en el Parque del Oeste y sobre el Arco de Triunfo donde se levanta una niebla que parece de un gran rebaño del ocaso.

Poco más tarde saldría de su casa. En un autobús madrileño se pueden hacer muchas cosas, pero entre otras leer el libro de poemas de Antonio primero de Hilarión Eslava, 25 a Ibiza. Pereira. Eran dos largos trayectos. El 35; el segundo, de Ibiza a San Bernardo, 101, por el zigzagueante y perezoso 15. Me dio tiempo a leerlo, antes de que saliera en «Pueblo» su autocrítica.

-Saldrá mañana -me decía Antonio, desde un sillón muelle, teniendo al alcance de la mano, aún sin desenvolver, los tres periódicos de la tarde.

Creo haber dicho que Pereira, por el mes de julio, había ganado una carátula nueva. No se había afeitado y le salió una barba entre bradominesca y castroviejana, gallega indudablemente berciana por más señas. Ahora, después de sus largos meses de enfermedad ha abandonado su aditamento capilar. Pero su efigie está rescatada al final, con un autógrafo que suena así: "El editor me pide una nota autógrafa. El editor no sabe lo que pide. Escribir de uno mismo, si se hace de puño y letra es una exhibición que se acerca a la desnudez. Nací en Villafranca del Bierzo, 1923. Teniendo en cuenta los tres o cuatro mil habitantes del padrón, no sería título excesivo el de primer escritor de mi pueblo. Pues no, señor. Voy, por lo menos, detrás de Ramón González Alegre, querido muerto reciente, y de Ramón Carnicer, felizmente reinante. Esto por limitarme al tiempo actual. Este de hoy es mi cuarto libro de versos. Quiero seguir, espero seguir, pero al fin cosa de Dios, de los cirujanos, de las transaminasas... Este invierno no me está siendo bueno que digamos, pero tengo mucha fe en la primavera. Úrsula está conmigo..."

El libro de Pereira, «Dibujo de figura», número 81 de la colección «El

Bardo» es distinto a los otros suyos. Hay un predominio de ritmo más suelto, aunque siempre caminado en verso impar. El origen primero del libro es el de un dictado al magnetófono, cuando no podía escribir pero imaginaba.

«Dibujo de figura» asienta su predilección por el hombre, por lo concreto, por lo humano. En «mozo del 44» aflora el despertar alucinado de la adolescencia y la clara luz de las muchachas en los desvanes, el pudor como meteoro, la fiesta de Fombasallá y las caderas de sus chicas bravías, los domingos con brillantina y los lunes con ojeras, algo más hombres. Estos poemas de amor y de un sutil erotismo evocan «damas viudas» -entretenidas las llamarían otros-, a mozas que se van con los del destacamento, a las vírgenes de los conventos de Villafranca:

perdiéndose
por la brecha fugaz de los portones
hacia un rito solemne de tijeras de plata,
podaderas de un alto jardinero.

La última parte del libro la protagoniza el diálogo con otra mujer: Claudia, su madre muerta. Senequista

«Consolación a Claudia», 7 poemas de un total de 25: el pasmo de hablar con ella:

hablar y hasta cantar, si no es muy alto,
no vayan a decir que ni siquiera
nos pusimos de alivio.

A la madre le recuerda sus viajes: Marraqués, el Bósforo, Amsterdarn; le cuenta su llanto por la injusticia de matar a un enfermo, o de cuando se echó al monte: repudiado por pobre de los ricos, arrojado por rico de los pobres.

El poeta sueña que organiza -coros y orquesta de Bratislava- el funeral de su madre muerta, pero era ilusión: la realidad, mis pájaros huyendo, y el calendario, lunes de ceniza.

El libro de poemas «Dibujo de figura» lo es de recuerdos leoneses, aunque nunca se cita Villafranca por ejemplo. Pero está allí el poeta. Y o está

en una sinfonía -intermedio, o llama él- que es el humor y ternura por don Joaquín, don Jerónimo, don José, don Federico y el joven postulante que daba bonos a los pobres, con colectas de 30, 50 sesiones certificadas por el joven postulante como secretario después de leer: capítulo del Kempis (era un sagrado naípe, se baraja, se corta, siempre encarta como a cada conciencia le conviene) y un artículo del Reglamento ».